



Carra

verde



A LOS POETAS

CONVALECIENTES DE ESTA CIUDAD NEOCOLONIAL

LO debemos decir con encarnizamiento, fieles a un tatuaje en el pecho a la hora tremenda: la poesía, la gran Poesía es siempre revolucionaria.

Habíamos de la Poesía que tiene adentro padecimiento de bandera. Echamos nuestro sol al mar en busca de los límites más peligrosos de la Imaginación humana y levantamos una pirámide como los primeros días de América.

Hablamos de la Palabra. Si fuera posible de la Palabra de fuego que dió el primer alarido en las profundidades milenarias, no de la deshilachada caída de la gramática en el circo de los clérigos que las sensiblerías caducas reunieron como al ganado de invierno.

No se ofendan los virtuosos del "tetraastrofo o monorrímico" ni los pederastas mentales, pero los SONETTOS, aquel hartazgo medieval italiano y que desmelenada a nuestros poetas, hace reír y sufrir muchísimo al pueblo que ve desfilar sátiros feudales en automóviles palurdos sirviéndose de masajes e inyecciones de rimas.

Escuchen los presuntos aspirantes al talento dominical:

a los poemas no los hacen los metros oficiales de La Prensa y La Nación. Hay hojas mejores por el mundo donde las multitudes pasan las noches y emigran tras los relámpagos de su alegría o sus sueños fecundos.

EN otros tiempo, cuando la curvatura de los mares probaba la existencia de la fosa de los infiernos, los poetas se saludaban en periódicos de madera con sextinas, octavas reales, escuadrones de Sonettos y confituras ¡cuántas cabritas quisieron parir con los silbidos pastoriles de Virgilio!

Hoy en cambio los cohetes tienen los ojos desbordados. Los cerebros electrónicos calculan un terremoto moviendo los labios de aluminio o simplemente miden las dimensiones de un acorazado de guerra con sus propiedades magnéticas íntimas.

El Universo azul es un espectáculo de ternura

Los átomos recuerdan la fruición de los besos antiguos, los pájaros han cedido a las lágrimas de los hombres en los pronósticos del espacio y sus hijos recorren los horizontes en ratones enormes que se comen el Ser de las tempestades cósmicas.

La literatura es asesinada por la belleza para aumentar la invasión de los poetas. Los antiguos campanarios azules y los palomos parnasianos mutilados en provincias cautivas, van siendo mordidos por el tiempo o se cubren de herradumbre.

TODOS los hombres del mundo están invitados a ser poetas.

Serán como los libres de la isla de Pascua o de los valles de México, antes de ser historiados por las civilizaciones del pie métrico y de los imperios económicos.

Cuando desaparezca el espacio individual, seremos cada día más Universo. Como aquellos que se disputaron la agonía en una roca perenne, el infierno terrestre, las perlas finas en el vendaval de los milenios. Aquellos que se les llamó profetas y hablaron de manera sanguinaria con los testículos encarnados.

Lector,

El Universo dirige sus jinetes en seguimiento del Porvenir. Si diluida nuestra alma en él, encontráis absurda nuestra poesía, no es por el absurdo mismo, sádico y corriente, sino por el afán dinámico de destruir la bestia apocalíptica con la Imaginación.

Entonces es cuando invade el humo de ensueños y los poetas tienen una dulce quietud.

Los danzantes perdonados

SÓLO fuimos danzantes que nada retuvieron
en su ostracismo por extraños países
en su fuga de cielos que otros poseyeron en
las rondas brevísimas del día
fuimos esas criaturas temerosas del aire
que a través de sus ocios tenaces y sin pausas
fueron acumulando las caricias perdidas.

Nos dijeron
ladrones que arrebataron fuego de los
sagrados montes
nos llamaron dispersos
los frutos no maduros
los huecos salmodiantes
los que no desearon aprovechar el viento en los
velámenes
y asistieron su tacto y su tubérculo externo en
concretar las luces
Ambulando su augurio en herméticas noches.

Nada respondimos
supimos remover un corazón al fondo y
perder a la amada y al crecido castillo
y ante cerradas puertas
altísimas murallas
la túnica del moho
no quisimos golpearlos
y cargando el silencio como un niño
en la espalda
nos fuimos ahincados en el hueso escuchando la
fiesta y los vales lejanos.

Únicamente únicamente
tuvimos un pecado
dejar estas pequeñas muertes para que alguien sepa
de nuestra vana elipse
y en tiempos fronterizos a esas dimensiones que
acaso presentimos.

Seamos perdonados y entrados a la gruta del diluvio
perfecto y verdadero del olvido.

JOSE T. MARANO

El niño

ESTOY, dice este epitafio, resguardado del sol
y de la música
todo lo que he percibido yace conmigo
para integrar el tiempo en este polvo piadoso

he muerto sin aprender un idioma
y me cobijan las secretas raíces y el otoño perpetuo

miren qué muerte grande para mi cuerpo pequeño
que apenas tiritó en el amor y en la desolación

yo era torpe y no sabía ni siquiera hacer un salto
de gimnasia.

DANIEL MOYANO



El indio de la quena

NO hace mucho tiempo olvidado desembarcaron. Los rostros sudados y polvorientos como si en vez de navegar hubiesen andado sobre la tierra gredosa; y así, desaprensivamente, alumbrándose con fósforos la cara, encontraron al Indio que triste llevaba la piedra hacia la puerta del sol.

Embistieron furiosos los esclavos de los reyes sobre los hombres bronceados y lustrosos; y américa cayó en el día y en la noche bajo los pies de aquellos piratas del hollín. Los peces —cuentan— asomaron sus dientes afilados y pulidos, y luego carcomieron las quillas hasta hacer llorar a los mascarones de proa.

Los que llegaban, uno a uno, derrumbaban todo buscando el oro en los lagos, en los ríos. En las cuencas de los ojos. Lamiendo la tierra; mordiendo el tronco del quebracho macho.

¿No habrá visto el osado conquistador del altiplano y el que quemó los barcos (como si fuera en la noche de San Juan) el alma del indio que cantaba alegre bajo las nubes altas?

El, del que nadie recuerda su nombre difícil, tenía todo el oro. Lo llevaba escondido en unas bolsas invisibles que guardaba al llegar la noche en la caja cilíndrica de su quena. ¡El Inca lo sabía!

Después, cuando aquellos señores de la historia se fueron en sus barcos roídos —recién hoy comienzan a hundirse— los hijos de la tierra vegetal desenterraron la pena. Tal vez la lluvia caída en la sierra haya transformado el oro y la alegría en tristeza. Pero el Indio desconocido quedó vivo; y de tanto en tanto suele subir a las más altas cumbres para enviarnos, como el humo, sobre el viento, su llanto musical.

Y los hombres de párpados abiertos como las curiosas estrellas de Aries siempre despiertas y siempre dormidas, alargan sus pupilas de sueño a la montaña.

Y del otro lado de la ancha mar, donde no llega la vista ni el oído, los bucaneros proyectan sus radares para auscultar el miedo, para mirar bajo la piel su enfermedad escondida. Y el Indio, descalzo y sin trigo, pinta en sus cuevas. Ajeno al cáncer y a los rayos cósmicos pinta las siluetas de sus llamas y guanacos; teje, con sus uñas, un manto enorme para abrigar a américa; y mientras los peces asoman sus ojos mojados, canta bajo tierra fecundando la mazorca.

ALFIO BALDOVIN

Corona de cielo

LOS veleros del rocío se van sobre la hierba
Mayo es Enero

En tus manos caben todos los pájaros todas
las rosas todas las estrellas

Tus ojos pueden cerrarse con mis sueños

Adentro de tus párpados viajan mi países de humo

En el ruedo de tu vestido de gasa empiezan a girar
las primeras espigas

Sobre tu cabeza se abre el abanico del cielo

Tu cabeza de árbol tu cabeza de jirafa tu cabeza
de carrusel y de calesita

Tu cabeza de nido de pichones de torcazas con
migas de pan y trigo

Que una ronda de pájaros salvajes ha empezado a
picotear

El trigo se transforma en arena

Los granos de trigo se transforman en estrellas

Las estrellas queman la arena

Los pájaros han sido apresados por los alambres

Los pájaros azules cantan en las ventanas de las
torres

En las ventanas de las torres caen los astros de
hierba

Enero es un día de Setiembre

Una corona de leche

Una corona de espigas de leche

La tarde se desdibuja sobre los tejados

Estoy lleno de júbilo como un astro recién nacido

Como una cebolla azul

Mi risa alcanza el pleamar

La mañana se anuncia con el primer tañido de
campanas

Las campanas de bronce casi verde de las viejas y
pequeñas aldeas de provincia

Las nubes mueven las campanas en todas direcciones

Un niño sonríe desnudo en su jardín de flores de
algodón de flores de leche

Cada mañana el algodón vaporoso limpia el vidrio
marino de los espejos

Los espejos dibujan países de otros tiempos

Me iré a vivir a esos países con mi amor

Enero es un país de cañas de azúcar

Vámonos muñeca al país de las castañas y las ranas

Las ranas croan entre las nubes

Los pájaros se salen de sus plumas

Y sus alas abandonan las jaulas de madera de pino

Hay que partir un día de Enero

Cuando los pastores empiezan a tocar sus flautas

Cuando el algodón de las nubes empieza a caer
sobre los tejados de mi casa

CARLOS DE ROKHA

Canto a Acahuitzin

A CASO voy a mi casa? ¿Acaso con él iré?
¡También vino a cortarse mi vida en la tierra!
¡Sé tú, dios, para mí: moldéame!
¡Recrea tu pecho, apláquese tu corazón,
alégrese tu corazón!

¿Acaso crees, corazón mío, que sólo vivirás en la tierra?

Te angustias, oh corazón mío. ¡Yo nací en la tierra!
¿Acaso tú eres tu propio amigo?
¿Acaso vives por tí mismo?

¡Sé tú, dios, para mí: moldéame!
¡Recrea tu pecho, apláquese tu corazón,
alégrese tu corazón!

¡Oh tú, Acahuitzin, el de bastón de turquesas:
yo me ando arrastrando, ando por la tierra!

¡Sé tú, dios, para mí: moldéame!
¡Recrea tu pecho, apláquese tu corazón,
alégrese tu corazón!

Lloro, me pongo triste, sólo soy un cantor:

¡Si alguna vez pudiera yo llevar flores,
si con ellas pudiera adornarme en el lugar
de los cuerpos!

Me entristezco.

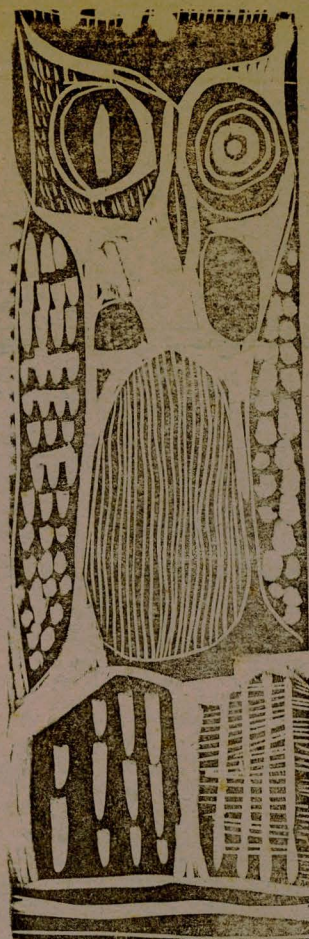
No sino como flor es estimado el hombre en la tierra:
un instante muy breve goza de flores
primaverales:

Gozad con ellas: yo me entristezco.

Vengo de la casa de las finas mariposas:
abre su corola mi canto: he ahí múltiples
flores

¡una variada pintura es mi corazón!
¡Yo soy cantor y despliego mi canto!

Editorial Porrúa, S.A., México, 1953, - t. 1,
Historia de la Literatura Náhuatl. - Editorial
Porrúa, S.A., México, 1953, t. 1, pp.472-4



REMOTO ADVENIMIENTO

EL imperio azteca se derrumba.
Cuando Cuauhtémoc el Aguila que Desciende,
se rendía en los canales de Xocimilco, los conquistadores y sus aliados tlexcaltecas quemaban las bibliotecas y los archivos religiosos de Texcoco y Tenochtitlan.

Todo pasó sin comentarios hasta muy entrado nuestro siglo. Sin embargo, la victoria de LO MODERNO y lo universal, contrariamente a lo que ha venido sosteniendo el arte tradicional europeo, ha obligado a reconsiderar el arte de todos los pueblos del mundo.

No toda la inmensa obra de la América prehispanica ha sido destruida. Grandes trozos de literatura —en su mayoría anónima por su carácter evidentemente religioso— se han salvado en nombre de una Naturaleza que no pierde su inquietud por el espíritu.

Presentamos ahora un poema de circunstancia.

Nuestra finalidad hubiera sido su comentario, pero hemos creído que en este caso no puede alumbrar mucho la brevedad. La mitología y los procesos de la sociedad azteca difieren casi totalmente de lo que para nosotros es habitual, a despecho de algunos autores que han pretendido afiliarla.

Las metáforas, las expresiones plásticas de un exquisito sensualismo floral evocados por un pesimismo trágico, son producto de una tierra convulsa entre dos océanos en el que la vida del mismo Huitzilopochtli, el dios solar, dependía de la fortaleza de los hombres.

El mundo de hoy ¿no es trágico también por las vías que circula hacia su salvación definitiva?

Es decir, no pocas de aquellas combinaciones míticas e historia-sueños de ayer hallamos reflejados en el incierto y atómico presente.